

RAMÓN, Eva
Universidad Francisco de Vitoria

@ e.ramon@ufv.es

Gonzalo Díez, Luis

El viaje de la impaciencia: en torno a los orígenes intelectuales de la utopía nacionalista

Barcelona: Galaxia Gutenberg

174 p.; 21 cm.

Luis Gonzalo Díez procura personalizar sus ensayos políticos en torno a una figura contemporánea que encarna, en la defensa de su ideología, el pensamiento con el que toma forma el tema investigado por el autor. Así ocurrió en otros libros que preceden en edición a este, con nombres de la talla de Edmund Burke, Voltaire, Maistre, Pareto, Schmitt, etc.

En este caso, aunque no aparece de manera explícita en el título, la investigación que le sirve de base gira en torno a los orígenes intelectuales del nacionalismo, tomando como hilo conductor las ideas de Johann Gottfried Herder (1744-1803), pensador alemán que libró una dura batalla contra el absolutismo reinante del momento y que lo hizo basando toda su argumentación de defensa en categorías culturales. Crea así una filosofía de la historia que atribuye al *volk* –la identidad cultural y lingüística de un pueblo– «un potencial crítico y emancipador equiparable a los discursos revolucionarios de la soberanía popular, la representación política y los derechos del hombre y del ciudadano».

La base popular e identitaria que da origen al nacionalismo, su carácter utópico por no tener resuelto el encaje en la lógica del poder político y su deseo emancipador son elementos fácilmente identificables en el pensamiento de Herder. Y junto con él, otros pensadores alemanes que, en la segunda mitad del siglo XVIII, cambiaron el panorama existente en Europa creando la filosofía crítica, el romanticismo y el idealismo, entre otras aportaciones.

Herder, junto con su contemporáneo Johann Georg Hamann (1730-1788), se adentró en la búsqueda de otra Ilustración, enfrentada diametralmente a la surgida del poder político convencional, basada en lo popular, sensible con la diferencia y al servicio de una sociedad «orgánicamente trabada». El tercero en discordia: Kant (1724-1804), que durante muchos años fue amigo de ambos y profesor de Herder en la década de 1770, pero que pasó a ser uno de sus contrarios por su defensa de la Ilustración.



Cuando Kant distingue entre el uso público y el uso privado de la razón, se ve refutado por Hamann a través de «Una carta sobre la Ilustración», donde expresa que, para él, «la verdadera Ilustración está en denunciar públicamente las relaciones privadas de poder, la injerencia de este en la oscura realidad cotidiana de las personas», ya sean filósofos o inocentes. Se trata pues de un desahogo, un discurso de filósofos perezosos, cobardes, sometidos, igual que lo está el público al que aleccionan. Al igual que Herder, ponen el énfasis en el dominio absolutista presente en la Ilustración y argumentan, desde una visión religiosa por parte de Hamann y cultural de Herder, la necesidad de otra Ilustración. A ambos les enfrenta con Kant la idea de razón de Estado como arbitraria, dinástica y militar, y buscan que la verdadera emancipación «no tenga nada que ver con la historia política y se asiente en la educación moral instruida por la fe religiosa o la identidad cultural», enmarcada por un halo antipolítico que le da precisamente su condición utópica.

Herder ve el único cambio legítimo como aquel que se produzca a favor de los humildes, y este solo es posible a través de la intuición sensible del lenguaje y su contexto, usos y tradiciones, que caracterizan la vida humana. Fuera de esto, solo se hallarán la razón pura y el poder: la humillación de los ofendidos. Estos solo pueden «aferrarse al mundo escrito de sus pertenencias más hondas (fe, canciones, poesía) para sentirse en casa». Herder ve este mundo amenazado denunciando que «no hay humanidad por conquistar fuera de esos hombres doblegados por las injurias del poder y de la razón, “pobres hombres” en sus propias palabras».

Crea así un argumentario ideológico que tiene como eje la cultura: modelo apolítico, humanitario e igualitario. Y, por encima de todo, utópico. Toda su antropología asume como fin la búsqueda del *volk*, de la identidad de los pueblos en toda su trayectoria histórica. Asume además que esta cultura, esta tradición popular, etc., será la clave del porvenir. Transforma así la tradición en futuro, en «el horizonte progresista de su superación» y en la desaparición del poder y la desigualdad.

Herder ve el Estado como prescindible, existente solo por la infinita ambición de las élites y permisivo con «los Gobiernos [que] se sustentan en el “derecho del más fuerte” y su corolario fundamental es la “guerra”». En este Estado, tanto el derecho como la ley originan desigualdad al estar unidos al poder. Defiende, como paliativo, la identidad cultural como creadora de humanidad igualitaria. «La humillación jurídica del hombre en las sociedades del Antiguo Régimen encubre una odiosa situación de poder blindada militar, dinástica, burocrática y aristocráticamente. Este *statu quo* podrá ser justo [...], pero no humano» y destruye la identidad cultural latente en el *volk*.

El lenguaje es, para Herder, la clave de esta Ilustración revolucionaria. Se enfrenta junto con Hamann al lenguaje del poder marcado por la Ilustración oficial y entiende el lenguaje como revelación, canal para creencias y tradiciones, en contra del retórico e indescifrable modo de expresión del poder y la cultura estandarizada. Por tanto, para Herder, la batalla política, la verdadera revolución, se juega en el ámbito cultural. Y en su prédica se conformó la figuración de la base del romanticismo al intentar convencer a la generación de jóvenes filósofos alemanes y a la sociedad de la necesidad de renovación y recuperación de «aquel mundo prístino de leyendas y mitos, que estableciese el funcionamiento de una nueva mitología capaz de plantar cara a la cultura aristocrática divulgada por el cosmopolitismo francés».

Otro elemento que destacar del pensamiento de Herder es su asunción de la igualdad por lo que entiende que la diversidad cultural y las diferencias son una forma de defensa «de los humildes, de las pobres gentes violentadas en su identidad por el poder, de aquel pueblo cuyos oficios y costumbres alimentaban las poesías y canciones antiguas».

Herder deja en el nacionalismo actual muchos rasgos. Pensar simplemente en el nacionalismo lingüístico presente en el siglo XIX o en el punto de mira que supone la cultura, ese *volk* que aporta la legitimidad política a un proyecto nacionalista desde la óptica del pensador.

